

tiranía de Rosas. Al decir Mitre: "Dentro de veinticuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña y a los tres meses en la Asunción, capital del Paraguay", no incurría en vana jactancia: expresaba una convicción.

Pero Gálvez con parcialidad que no le está permitida ni al historiador ni al novelista, olvida la realidad de los hechos: recoge las versiones antojadizas, denigrantes o despectivas que entonces, según ocurre en todas las guerras, los adversarios se prodigaban mutuamente: tiene especial cuidado en que la causa de su preferencia sea defendida por los personajes nobles, cultos, humanitarios y patriotas, en tanto que la causa contraria queda a cargo de los villanos, ignorantes y traidores.

López es tratado con saña sin igual. Madama Lynch, el personaje que debió inspirarle las páginas más sugestivas, es para Gálvez el tipo de la "loreta" parisiense, insaciable y ambiciosa. Aquella joven irlandesa, que vivía en París separada del marido, un médico francés de la clase media (1853), se enamora románticamente del entonces apuesto general sudamericano a quien Napoleón III en una maniobra brindara el comando de sus tropas; le sigue hasta el Paraguay, lejano, desconocido; se dedica por entero al hombre amado, a su patria adoptiva y a los hijos que tiene de su compañero: pasa las vicisitudes de la guerra, y solamente se acuerda de sí misma cuando en Cerro Corá ha caído López y cuando su hijo de diez y seis años ha sido muerto a lanzadas. Entonces, sobre el cadáver de éste, se yergue y exclama: "¡No me toquen, soy inglesa!" Grito de un trágico despertar, al fin de un largo sueño vivido en las selvas de América. La inseparable compañera de López ha sido tratada por Gálvez con el espíritu de una mojiigata, no con la ideología propia de un hombre de letras de nuestros días.

El novelista, con sus prejuicios, ha pasado así sin sospechar la parte más interesante, más emotiva de los personajes de aquel drama. Quedan éstos a la espera del autor que sepa comprenderlos y evocarlos. Que sepa presentarlos con arte, con verdad y con pasión, pero sin odio.

SYLVIA M. ARGÜELLO DE GAUDINO.

## —VASANTI: LA PEQUEÑA BELLEZA

Vasanti es eso: la pequeña belleza que hace amable la vida.

La pequeña belleza incomprendida y menospreciada por los espíritus vulgares, porque es inaccesible para ellos.

Brotó al calor de un corazón de artista, casi inadvertida a la sombra de sus grandes ensueños místicos.

Es el jazmín que cae en la noche sobre la frente del poeta, abstraído en la contemplación de los astros y en la meditación de los graves problemas. Es el jazmín que le distrae y le turba, astro en pequeño, frágil pero concreto, leve pero material. Es eso: la materialidad casi inmaterial de la pequeña belleza.

Vasanti es la floración perfecta de la mística tagoriana. Perfecta por accesible, por humana, por pequeña.

Para nada le pesa su majestad de símbolo. Es ligera como un pétalo. Se deslizó imperceptible entre las hondas ideas, entre las graves reflexiones, y ya en el alma del poeta, se aferró, apremiante, a su fantasía y le sugirió alados ensueños; profundos ensueños alados.

Tal es la virtud de la pequeña belleza en las almas sensibles.

"Divina enredadera de tronco humano", la llamó Juan Ramón Jiménez en el poema que adorna la versión española de *El asceta*, y es en realidad divina enredadera que, hundiendo sus raíces en la tierra, se adhiere a los muros carcomidos y sombríos para vestirlos de gracia, para darles frescura de primavera y encanto de hojas tiernas.

Vasanti es un símbolo: el de la pequeña belleza que abre en todas partes su tímido reclamo, que ofrece en todas partes el tesoro de su intacta fragilidad.

Es el eco de ese reclamo en el corazón de un poeta místico, de un pensador profundo. Tal vez un día, en algún camino de la tierra andaba pensativo, o cansado de su larga lucha por el bien y el amor entre los hombres, o desesperado de encontrar la verdad bajo las apariencias, la unidad eterna bajo las formas mutables y efímeras. Entonces, sin saber por qué, la pequeña belleza le nubló los ojos, le turbó como una caricia inesperada, le reanimó la esperanza desfalleciente.

Fué acaso una flor entre el polvo, o un hilo de agua en las apretadas rugosidades de la roca, o una nubecilla más sonrosada y más leve que las otras, o el canto de un pájaro, o la sonrisa de un niño, o una gota de rocío temblando indecisa sobre una hoja, o una estrella que bajó a mirarse en el espejo turbio del pantano...

Cosas pequeñas, cosas sencillas, cosas familiares. Sin embargo, un día entre los días, quien sabe por qué razón oculta, nos es dado desentrañar su íntimo sentido.

Y ese día igual a todos, y, sin embargo, tan distinto, nos consagra poetas. Porque sólo es poeta el que lleva el corazón abierto a una amplia y cordial amistad con los seres y las cosas. El ser comprensivo de la belleza y capaz de percibir todos sus matices; el que no necesita buscar motivos, porque los motivos le buscan a él, le asedian, le acosan, se hacen emoción en su alma, inspiración en su cerebro, verso en sus páginas.

Verso en sus páginas cuando la emoción puede cristalizar en forma; pero a veces, esquiva, se diluye en inquietud inexpressable, exquisita, para aquellos poetas que no pueden darse en el verso.

Para esos pobres espíritus encadenados, es la tortura de llevar siempre la carga de su emoción.

El poema tagoriano es así:

Había una vez un hombre que renunció a serlo.

Era uno de esos ascetas que convierten su "yo", desintegrado de la vida, en conciencia pura de la nada universal.

Vivimos rodeados de círculos que giran fantásticamente en torno nuestro. Todo lo que por un instante atrae nuestro interés apasionado y se convierte en el objetivo de nuestra vida, es un círculo fascinador en cuyo centro estamos y que se va estrechando lentamente, moldeándonos a su antojo y haciéndose parte integrante de nuestra personalidad.

El amor, el arte, la ciencia, el trabajo, el placer, son otros tantos círculos que alternativamente se aflojan y se aprietan, aceleran y retardan su movimiento. La vida no es más que el juego de estos círculos de que depende nuestro destino.

Aquel hombre había traspasado el límite de los círculos, había quebrado los más tenaces con sus manos duras, valientes, inexorables.

Fué libre. La verdad negativa se hizo en él. Pasó los días y las noches, los meses y los años en la absorta contemplación de su profundidad vacía.

Y un día resolvió volver al mundo de los hombres, para asentar en medio de las cosas y de los seres, pero indiferente y extraño a los seres y las cosas, el soberano dominio de su "yo" sojuzgado.

La belleza magnífica de la naturaleza, la humana fraternidad, la filosofía, el fausto, todos los círculos que allí encontró fueron impotentes para rodearle.

Indiferente y extraño, pudo creerse infinitamente libre.

Pero la pequeña belleza se acercó a él: Vasanti.

La apartaron de sí los hombres vulgares. Ha vivido inmaculada y sola, preparándose a cumplir su destino en la tierra.

Y al hombre que renunció a serlo, que traspasó el límite de los círculos, que sojuzgó su "yo", le es dado por vez primera y acaso única "en todos los nacimientos" contemplar la pequeña belleza en la plenitud de su íntimo sentido.

Una voz de niña, una mano de niña cuyo roce "es suave como el roce del sueño", unos ojos de niña cargados de dulzura y de luz, han bastado para obrar el milagro, para crear el círculo.

Y esta vez serán inútiles los esfuerzos, estériles los empeños para librarse de él.

El círculo de la pequeña belleza, más sutil, más intangible que los otros, se agranda, cuando se pretende traspasarlo, se rehace una y mil veces cuando se rompe, y tal es su poder que se confunde más y más con la vida de quien trata de huirle.

Es posible escapar a su presencia, pero no a su influjo.

El bautismo que a la vista de la pequeña belleza reciben los seres selectos, les deja una marca indeleble.

Por eso el corazón del asceta despierta a su contacto y lucha en la soledad de su retiro, con las sombras y el silencio que sobre él pesaban de tanto tiempo.

Por eso cuando vencida la voluntad quiere el asceta volver a Vasanti, no importa que la encuentre o no la encuentre. El milagro está obrado. . . El círculo restablecido. . . El hombre vuelto al hombre.

La pequeña belleza no tiene ya razón de ser; su misión providencial está cumplida.

Y esa misión providencial no es dar a gozar el contenido de su esencia, sino ofrecer en todas partes, ofrecer y apagarse luego para no darlo nunca, el tesoro de su intacta fragilidad.

MARÍA A. OYUELA

## —RECONOCIMIENTOS

Tres libros: *Ensayos y Críticas*, *Crítica y Reconocimientos* (1), destacan la labor de un crítico de legítima autenticidad: Ramón Doll. Libre de banderías de escuela, ajeno a las rencillas minúsculas de asociaciones de jurisdicción subterránea, se dedica con pasión — con la pasión fría que nos aconseja el filósofo idealista — a su tarea exegética y, con rigor estricto, analiza las obras propuestas a su examen crítico.

La acendrada vocación por la verdad hace de Ramón Doll un espíritu de estructura clásica, ateniéndonos a la caracterización de Baeza. Podría él, Doll, suscribir aquella frase de Stendhal: "Ante todo, quiero ser verdadero", y, análogamente a éste, no vacila en emplear una palabra inelegante si ella añade un matiz más certero a la expresión.

Porque le "interesa la claridad" y le "irritan las simulaciones del pensamiento", le merecen páginas de severo juicio, en *Reconocimientos*, la mojigatería literaria de Roberto F. Giusti, la falsedad de la poesía maquinista intentada por Nydia Lamarque, las contradicciones flagrantes y las confusiones imperdonables de Fingerit en *Realismo*, los errores y contrasentidos que menudean con generosidad lamentable en *Política para intelectuales*, de Julio R. Barcos, etc.

En un medio intelectual como el nuestro, brumoso de mistificadores y de mulaterio declamatorio, es necesario destacar a quienes, como Doll, realizan una labor depuradora, señalando con valentía la falacia de muchos "prestigios"; a quienes, como Doll, se saben situar ante los problemas que abordan, de frente, en actitud abierta.

No niega Doll la verdad sostenida por los autores que estudia, en nombre de otra verdad, la suya, actitud subjetiva que importaría la imposibilidad de afirmaciones categóricas, sino que acepta aquella verdad, aunque provisoriamente; se sitúa en el punto de partida del autor que examina y, desde él, va siguiendo, avizor, sus razonamientos, sus deducciones, para observar la lógica que los motiva, la coherencia que las justifica. Prueba ello un espíritu flexible, que muchos han querido desconocer, acusándolo, en cambio, de un dogmatismo que Doll está muy lejos de profesar.

Disentimos, sin embargo, con los juicios que, en *La mentira literaria del chaplinismo*, el cine le merece a nuestro autor. Niega Doll toda posibilidad estética al llamado "séptimo arte", "puesto que — dice — la fotografía no capta y fija más que lo aparente y superficial de las cosas, y

(1) Rosso, editor, 1931.